

Sermon de Cuaresma 4, 10 marzo 2024

St. Luke/San Lucas, Vancouver

Numbers 21:4-9; Psalm 107:1-3,117-22; Ephesians 2:1-10; John 3:14-21

Que las palabras de mi boca

Y la meditación de todos nuestros corazones.

Ser aceptable ante tus ojos

Oh Señor, fuerza nuestra y redentor nuestro.

Amén.

Por favor tome asiento.

Nuestro evangelio de hoy incluye el versículo bíblico más conocido en Estados Unidos, Juan 3:16. Vemos referencias a él en todas partes: en vallas publicitarias a lo largo de las carreteras, en carteles detrás del plato en los juegos de béisbol, tatuados en los brazos de atletas profesionales y estrellas del pop.

En el partido de fútbol de 3:16, el mariscal de campo Tim Tebow lanzó para 316 yardas, llevando a los Denver Broncos a superar a los Pittsburgh Steelers en un partido de playoffs, lo que muchos fanáticos de los deportes evangélicos tomaron como evidencia del llamado divino de Dios para el atleta devoto.

Y no son sólo los fanáticos de los deportes los que están obsesionados con este versículo en particular. El gran teólogo Martín Lutero, padre de la reforma protestante, lo llamó “el evangelio en miniatura”, que contiene el corazón mismo de nuestra fe cristiana: el amor de Dios por nosotros, el deseo de Dios de que seamos salvos de nuestras propias insuficiencias, de nuestras propias imperfecciones, y la voluntad de Dios de actuar, de enviar a Jesucristo, no para condenar al mundo, sino para que el mundo, a través de Él, sea salvo.

Cuando era niño en edad preescolar, memoricé este versículo, en la versión King James, por supuesto. En verdad, no recuerdo un momento en el que no supiera todas las palabras del famoso Juan 3:16. Lo recitamos en la Escuela Dominical. Lo localizamos en la Biblia durante nuestros simulacros regulares de La Espada del Señor. Lo examinamos en el estudio bíblico y escuchamos múltiples sermones sobre el hijo de Dios, Jesucristo, quien nos salvó de la muerte y nos proporcionó vida eterna si, por supuesto, creyéramos.

Un año, en el campamento de verano, para hacer ejercicio antes de acostarnos, todos nos sentamos en nuestras literas con nuestros pijamas de franela más abrigados. Al recorrer el círculo, se nos pidió a cada uno de nosotros que compartiéramos con el grupo nuestro momento “Juan 3:16”, ese momento de conversión en el que creímos por primera vez.

Cuando fui adulto, si alguien me hubiera preguntado, les habría asegurado que entendía Juan 3:16. Pensé que lo conocía desde todos los ángulos, hacia adelante y hacia atrás. Sin embargo, un incidente me demostró que realmente no lo entendía en absoluto.

He compartido esto con algunos de ustedes, pero puede que sea nuevo para otros. Durante mi primera asignación en el Servicio Exterior, fui responsable de reunirme con estadounidenses que habían sido arrestados o detenidos por las autoridades mexicanas, explicarles el proceso judicial mexicano y hacer todo lo posible para garantizarles un tratamiento adecuado. Una noche recibí una llamada en mi casa informándome que un estadounidense había sido arrestado en el aeropuerto y estaba siendo llevado a la Fiscalía Federal, conocida como López 14/12. Cuando llegué al edificio, me acompañaron hasta los ascensores. En lugar de subir a las oficinas, bajamos a los sótanos, a las salas de interrogatorios sin ventanas.

En uno de los pequeños cubículos encontré a un joven aterrorizado, sentado entre un intérprete y un abogado. Al otro lado de la mesa estaba un fiscal federal, quien

inmediatamente comenzó a realizar el interrogatorio. Amenazó al prisionero y yo me opuse. Cuando el prisionero permaneció en silencio, lo amenazó nuevamente y yo objeté nuevamente. Esto continuó durante algún tiempo, hasta que finalmente el fiscal se quedó sin paciencia y me ordenó salir al pasillo para conversar. Allí me dijo que dejara de objetar y me preguntó si me daba cuenta de que, si no cooperaba, me podían desaparecer.

En ese momento, tuve lo que a veces llamo mis momentos de "Oh Dios". Aquellos en los que sé que la situación me supera, que no tengo palabras ni sabiduría para responder. Que el único camino a seguir es ponerme completamente en manos de Dios. Entonces le respondí que sí, que sabía que él tenía el poder de desaparecerme, pero que mientras pudiera seguiría insistiendo en que el prisionero fuera tratado con la dignidad y el respeto que se debe a cualquier ser humano.

Por un momento hubo silencio, mientras el fiscal me miraba fijamente. Todo mi miedo desapareció, para ser reemplazado por paz, por una sensación de rectitud y plenitud. Independientemente de lo que estuviera por venir, estaba bien con eso, porque estaba justo donde debía estar.

Después de un momento, el fiscal habló. Esta completamente loca. Estás completamente loco, dijo. Y luego continuó, pero si alguna vez tengo algún problema, quiero a alguien como tú a mi lado. Y se alejó.

Me volví para volver a entrar a la sala de interrogatorios y me di cuenta de que la puerta detrás de mí había quedado abierta. El intérprete había traducido todo el encuentro. Al joven sentado a la mesa le corrían lágrimas por el rostro. Me miró y dijo: ¿Por qué hiciste eso? ¿Ni siquiera me conoces, pero estabas dispuesto a defenderme? Nunca antes nadie me había cuidado así.

Y el pensamiento que me vino a la cabeza fue, no, estás equivocado, porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo unigénito para que todo aquel que en él cree no perezca, sino que tenga vida eterna. Mis acciones son tan pequeñas, mis sentimientos y motivaciones tan inadecuados, en comparación con la grandeza del amor de Dios y las acciones de Dios para cada uno de nosotros.

En ese momento, el significado de Juan 3:16 se volvió real para mí. Pasó del conocimiento intelectual y académico a una experiencia vivida. Dios nos ama, a cada uno de nosotros, en un grado que está más allá de nuestro entendimiento.

Dios no quiere que ninguno de nosotros perezca, incluso cuando hemos cometido errores, cuando hemos lastimado a otros y no hemos sido perfectos, Dios todavía nos ama y quiere que tengamos vida eterna. Y para que eso sucediera, Dios actuó, bajando a la tierra en la persona de Jesucristo, el Hijo, plenamente humano y plenamente divino. Todo lo que tenemos que hacer es creer, creer verdadera y plenamente en ese amor, y esa vida maravillosa y eterna se vuelve nuestra.

En ese momento, vislumbré el amor de Dios, un destello del significado de ese verso familiar. Mi verdadero momento de Juan 3:16.

Mary MacLeod Bethune, educadora, activista y asesora presidencial que creció como una joven negra en Jim Crown South, tuvo una experiencia diferente con Juan 3:16. Ella escribió: Con estas palabras (Juan 3:16) las escamas cayeron de mis ojos y la luz entró a raudales. Mi sentido de inferioridad, mi miedo a las desventajas, desapareció. "Quienquiera", decía. Ningún judío, ni gentil, ni católico, ni protestante, ni negro ni blanco; simplemente "cualquiera". Significa que yo, una humilde muchacha negra, tenía tantas posibilidades como cualquiera ante los ojos y el amor de Dios. Estas palabras acumularon en mi corazón una batería de fe, confianza y determinación que no me ha faltado hasta el día de hoy.

Para Mary Bethune, las palabras de Juan 3:16, la declaración del amor inclusivo de Dios, le dieron la seguridad y la confianza para avanzar en un mundo hostil, para defenderse a sí misma y a los demás. Convertirnos en uno de los educadores, líderes de derechos civiles y asesores gubernamentales más importantes del siglo XX. Dirigió campañas de registro de votantes y sobrevivió a ataques racistas. Luchó para poner fin a la discriminación racial y los linchamientos. Nombrada por el presidente Truman, Bethune fue la única mujer de color en la conferencia fundacional de las Naciones Unidas en 1945. A lo largo de su vida, su coraje y confianza se basaron en la seguridad de Juan 3:16, que Dios amaba a todos, que Dios amaba a todos. su.

Podemos conocer las palabras de Juan 3:16. Podemos memorizarlos, plasmarlos en vallas publicitarias, tatuarlos en nuestro cuerpo. Pero hasta que los encarnemos, hasta que los vivamos, hasta que les permitamos dinamizar nuestras acciones, hasta que nos den valor para mostrar amor a todos. Hasta que nos abramos al amor de Dios, para experimentar ese amor por nosotros mismos y luego llevar ese amor al mundo, para permitir que el amor de Dios fluya a través de nosotros. Sólo en ese momento estas palabras tendrán significado, se volverán reales.

Entonces, al salir al mundo hoy, encarnamos estas palabras, que tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en Él cree no perezca, sino que tenga vida eterna.

Amen.